

CULTURA

Zurita, premio contra la pena y el miedo

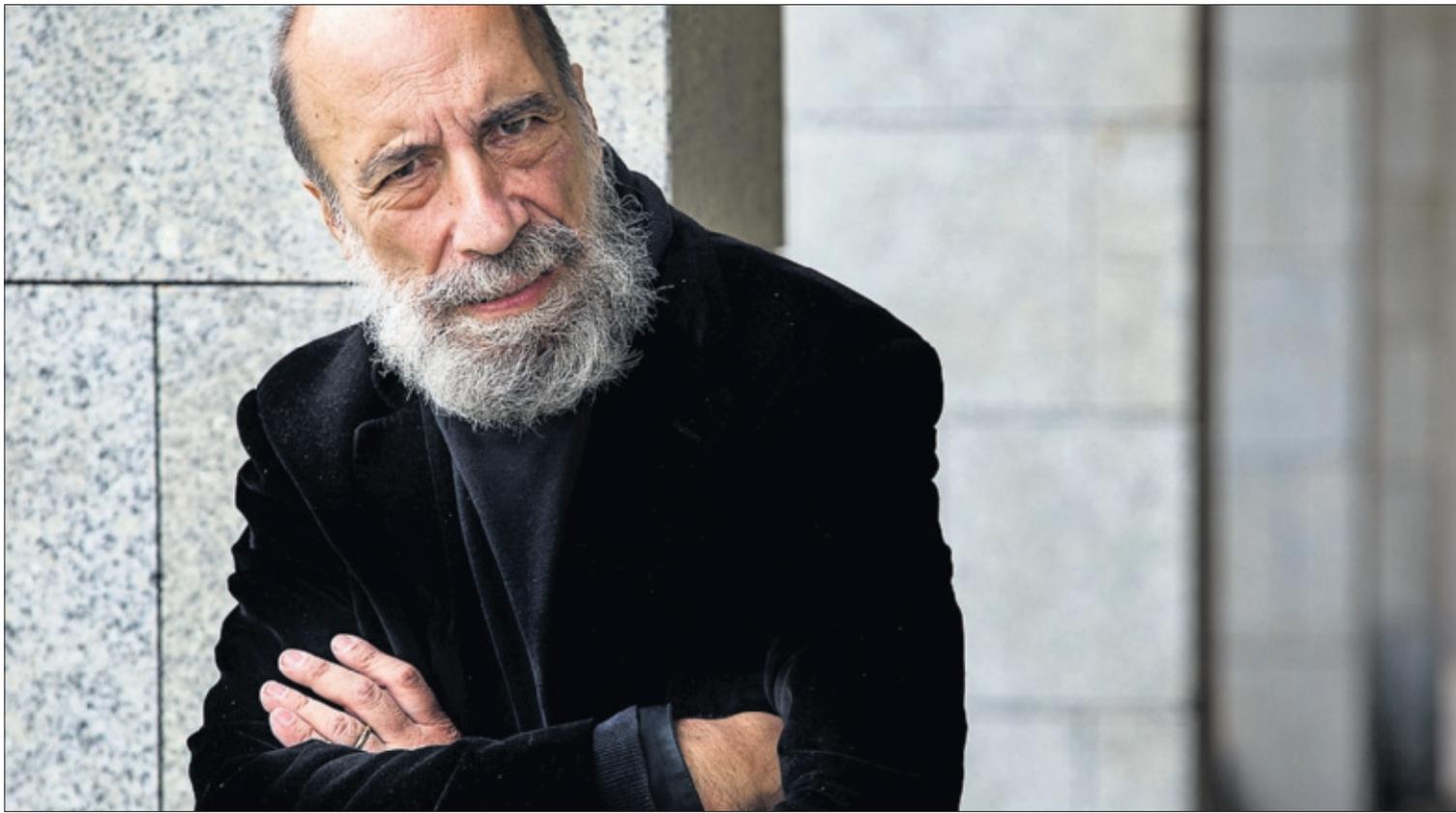
El poeta gana el Reina Sofía, principal galardón del género en español, dotado con 42.000 euros. Tercer chileno en lograrlo, explica: “Nuestra poesía ha asumido riesgos, sin temor”

ROCÍO MONTES, **Santiago de Chile**
El escritor Raúl Zurita (Santiago de Chile, 70 años) se convirtió ayer en el tercer poeta chileno en ser distinguido con el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, el más importante del género en español, concedido por Patrimonio Nacional y dotado con 42.100 euros. El fallo se dio a conocer por YouTube desde el Palacio Real de Madrid, tras una deliberación telemática.

Primero fue, en 1992, Gonzalo Rojas, autor con el que debutó el reconocimiento hace casi 30 años. Después, Nicanor Parra, en 2001. Tras España, Chile es el segundo país del ámbito iberoamericano con mayor número de premiados. “Lo tomo como un reconocimiento al caudal enorme de la poesía chilena. Uno es apenas una gota más de un río muy grande que lo antecede”, señaló Zurita tras conocer la noticia, al teléfono desde su casa en el municipio de Providencia, en Santiago de Chile, donde se encuentra encerrado por la pandemia.

Autor de obras como *Purgatorio*, *Canto a su amor desaparecido* o *La vida nueva*, considera que “la poesía chilena ha asumido riesgos, sin temor”. Una definición que se ajusta bien al hombre que en 1993 excavó tres kilómetros de piedra en el desierto de Atacama, en una de sus acciones más célebres, entre el verso y el *land art*: “Ni pena ni miedo”. “La poesía chilena no ha temido ni a lo grande ni a lo pequeño. Ni a lo femenino ni a lo masculino. Ha sido capaz de abarcar toda la existencia, con sus múltiples matices. Toda la finura, el horror y la grandeza de la experiencia humana está dentro de la poesía chilena”, indicó.

La noticia fue una “verdadera sorpresa”. Lo primero que hizo fue “darse un tremendo abrazo” con su mujer, Paulina Wendt. Luego, pensó en sus muertos: “En mi abuela, mi padre...”. Aunque confinado, está “muy entusiasmado” con el plebiscito del 25 de octubre próximo, con que Chile definirá la suerte de la Constitución redactada en la dictadura de Pinochet, que Zurita anhela reemplazar. “Es la oportunidad para lavarnos, limpiarnos y salir más juntos. Tenemos que abrazarnos para cruzar la noche, porque, si no, no va-



Raúl Zurita, retratado en Alicante en 2015. / PEPE OLIVARES



Ni pena ni miedo, poema excavado en la roca en el desierto de Atacama en 1993.

mos a cruzar nada, en una sociedad despiadada con los desposeídos”, reflexiona un autor cuyos versos cargados de política dieron consuelo a los dolores de su pueblo en los últimos 50 años.

Ha defendido la radicalidad y la pasión como elementos centrales de la poesía. Vestido siempre de negro, calvo y con una barba larga y deshinchada, Zurita demostró en su biografía que el arte, para él, tiene una vocación extrema. En cierta ocasión intentó

cegarse con ácido y en 1979 quemó su cara con un hierro caliente. “Hay que ser capaz de tocar las zonas más oscuras. Un tipo dijo que quien no era capaz de escribir un soneto no era un poeta. El problema no es escribir un soneto, el problema es si eres capaz de matar a un hombre. Si no eres capaz de matar a un hombre no eres un artista, pero si lo haces eres un repugnante asesino. En ese borde estás”, dijo en una entrevista con EL PAÍS en 2015.

En su obra más ambiciosa, *Zurita* (2011), de casi 800 páginas, aborda el desgarramiento que supuso el golpe de Estado de Pinochet el 11 de septiembre de 1973. Sin ese acontecimiento que marcó la historia reciente de su país y su propia biografía —militante comunista, fue torturado en las bodegas de un barco utilizado como centro de detención—, “no habría escrito una línea”. A finales de los setenta participó en el Colectivo Acciones de Arte (CADA) junto a otros escri-

tores y artistas visuales. El objetivo: intervenir el espacio urbano de Santiago de Chile con imágenes que cuestionaran las condiciones de vida de una dictadura.

Fue en la misma época, en 1979, cuando publicó *Purgatorio*, una obra rompedora con la que saltó a los altares de la poesía iberoamericana. “Helo allí, helo allí, suspendido en el aire, el desierto de Atacama. Suspendido sobre el cielo de Chile diluyéndose entre auras. Convirtiendo esta vida y la otra en el mismo desierto de Atacama, áurico, perdiéndose en el aire”, escribió Zurita, autor de una poesía entre lo grandioso y lo íntimo. “Es la vida. En la existencia de todos se mezcla grandeza y miedo, la alegría y el horror, los actos heroicos y las traiciones”, dijo ayer a este diario.

En Atacama escribió en la piedra “ni pena ni miedo”. Una década antes, en 1982, hizo escribir 15 frases de 10 kilómetros en el cielo de Nueva York usando el humo de avionetas que anunciaban la Coca-Cola. Pero Zurita no se enreda con las formas; “El poema en el cielo es tan ortodoxo como el más clásico de los sonetos”.

OPINIÓN / RAFAEL GUMUCIO

Corriente alterna

A Raúl Zurita le bastaron unas decenas de páginas en una revista para dejar de una huella imborrable en la poesía chilena. La revista se llamaba *Manuscrito* y resultaba en la recién instalada dictadura (corría 1975) una extraña bocanada de aire de fresco. La revista sólo alcanzó un número, pero nadie dejó de saber que, con *Áreas verdes*, del inédito estudiante de ingeniería Raúl Zurita de 25 años, algo inesperado había sucedido. La poesía

chilena había hasta entonces viajado de la palabra telúrica y total de Pablo Neruda a la ironía perfectamente matemática de Nicanor Parra. Zurita, que sabía tanta matemática como Parra, pero que bebía en las aguas oscuras del Neruda de *Residencia en la tierra*, intentaba reconciliar ambas posibilidades, creando una tercera, la suya.

Buscó el espacio y lo encontró. Las vacas de *Áreas verdes* que serían luego desiertos, cielos y acantilados, venían a intentar

reconquistar un territorio perdido que no era otro que un país sometido por entonces a un riguroso estado de sitio. Quizás por eso escapó Zurita de la página en blanco y se escribió en el cielo de Nueva York y el desierto y los acantilados de Chile. De todas esas tentativas de sacar la poesía de la página en blanco, quizás la más conmovedora sean los versos que escribió sobre su electroencefalograma. Poema de un hombre que se enfrenta quizás al demonio más invencible de todos, el de esos impulsos eléctricos que después llamamos ideas, palabras, imágenes, sueños o pesadillas.

Toda entera, la poesía de Zurita es un combate en el interior de un ser que se habita a sí mismo con todas las incomodidades del mundo. Un hombre obligado a

dar todo para hablar de lo que no se nombra, que es el dolor, pero que a veces podría también ser el amor, que como en Dante, aparece sólo para desaparecer mejor.

Zurita es también el poeta chileno actual que mejor ha recogido la herencia de sus mayores: la del poeta ciudadano. El poeta que es incluso poeta para los que nunca han leído poesía. Recitando con un grupo de rock detrás o llamando la atención por Facebook ante las imposibles declaraciones de un ministro de Cultura que cayó por la fuerza de la indignación moral, ha asumido con todos sus riesgos el papel de poeta total y totalmente poeta, más allá y más acá de sus versos.

Rafael Gumucio es escritor.